



EL COMISARIO

BOLETIN DIARIO DEL COMISARIADO DE GUERRA

Ningún Ejército que cuente con posibilidades de entrar en una ciudad la destruye. Al pretender destruir Madrid, la canalla facciosa nos demuestra que carece de esperanzas de poseer la capital de la República. Es necesario que ese convencimiento se haga cada vez más fuerte entre nuestros adversarios. Y eso se consigue luchando bravamente y empujándoles muy lejos de nuestras actuales líneas.

Año I

Madrid, 19 de noviembre de 1936

Núm. 14

¡A VENCER!

¡CORAZON FIRME! ¡BRAZOS DE HIERRO!

La vesania facciosa ha comenzado a descargar furiosos golpes contra la capital de nuestra República. La inutilidad de sus esfuerzos, el brioso contraataque de los defensores de Madrid, ha llenado de rabia a los fascistas; han visto cómo en las mismas puertas de Madrid se estrella todo su aparato guerrero contra el muro de hierro de las tropas leales.

Reaccionando con la ruindad que caracteriza todos sus actos han emprendido la miserable obra de destruir la población, lanzando sobre ella bombas incendiarias y haciendo estallar proyectiles de cañón en sus calles y plazas. Han demostrado con esta vergonzosa conducta, a más de su absoluta falta de humanidad, un jaez moral análogo al del chulo que, rechazado en sus pretensiones por una mujer, la apuñala bárbaramente, satisfaciendo así su deseo repugnante de venganza.

Así ha de interpretarse la conducta de las hordas

mercenarias que siembran la muerte entre mujeres y niños de nuestra capital: como un arrebatado de cólera impotente y despecho villano. Lo que no pueden poseer, lo destruyen. Los bárbaros atentados, las salvajes transgresiones de todas las leyes humanas, lejos de disminuir el brío de nuestro pueblo lo centuplican con la fuerza que nos presta la indignación.

Madrid es un hervidero de hombres y mujeres pléticos de anhelos de justicia. Millares de puños se levantan amenazadores contra quienes así deshonran su calidad de españoles. Su vandalismo tendrá por únicos resultados enardecer a los más tímidos y demostrar al mundo entero que los rebeldes que pretenden destruir nuestra capital son indignos, por todos conceptos, de convivir con personas civilizadas.

Lentamente la razón se abrirá paso y cada cual vendrá a ocupar, a los ojos del universo, el lugar que por su conducta merezca.

Para el mundo civilizado

Los criminales ataques aéreos de que Madrid es objeto han despertado la indignación de cuantos habitan en la capital. Varios representantes extranjeros no han podido ver con frialdad estos actos inhumanos y se han apresurado a ofrecer a la Junta de Defensa de Madrid sus edificios y sus banderas para amparar a las víctimas inocentes de la barbarie fascista.

Testimoniamos nuestra gratitud más profunda a estos hombres dignos que se disponen a paliar nuestras vicisitudes con cuantos medios están a su alcance. El pueblo de Madrid nunca olvidará esta ayuda.

Es de esperar que estos ofrecimientos espontáneos sirvan para demostrar a los países amantes de la libertad y de la democracia y aun a todos aquellos simplemente humanos, cómo hacen la guerra los generales facciosos y sus secuaces extranjeros, y con ello corroborar las múltiples denuncias hechas por España al mundo entero.

Estos aldabonazos deben acabar con la sordera de los países defensores de la no intervención. Ya no son nuestros gritos, nuestras protestas. Son ahora representantes extranjeros, plenamente autorizados, los que presentan al Comité de Londres los cuerpos de mujeres y niños desgarrados por los brutales crímenes fascistas.

¿Qué espera el Comité de no intervención?



CONTRA EL CRIMEN, EL HEROISMO

Ayuntamiento de Madrid

La voluntad de vencer

Los facciosos ven cómo día tras día se desvanece su esperanza de entrar en Madrid, y ya incapaces de sostener su combate a las puertas de la capital, dejan ver su rabia con criminales bombardeos a la población. El pueblo responde a estos actos inhumanos con un grito de venganza. El terror no puede hacer presa en este pueblo aguerrido, dispuesto a verter hasta la última gota de su sangre por defender a su amada capital. Mientras los países que alardeaban de democratas sostienen un pacto lesivo a los trabajadores españoles, éstos luchan contra el universo entero, seguros de su triunfo. A Madrid le cobrará la gloria de dar una lección inolvidable a esos países que permanecen indiferentes ante los inicuos atropellos de que están siendo objeto las mujeres y los niños de la capital.

Esos países podrán comprobar cuán equivocados estaban al pensar que el movimiento fascista triunfaría en poco tiempo. Y además podrán aprender cómo se lucha por la libertad y por la justicia social. Si, ciudadanos del mundo, Madrid no se arrojara ante las salvajadas del fascismo internacional. Cada pecho es una muralla contra la ignominia; cada cerebro crea una voluntad contra los generales que ensangrentaron el suelo español. Miles de cadáveres se alzan en su tumba para maldecir a los traidores y para animar en su lucha a los bravos milicianos que defienden a Madrid.

ALAS GLORIOSAS

Los heroicos aviadores republicanos están escribiendo páginas de dramático valor, de abnegación admirable. Mientras los canallas piratas del aire, mercenarios sin entrañas, ametrallan a mujeres y niños en las calles madrileñas, mientras los bandidos a sueldo incendian edificios no militares en la capital, nuestros pilotos y observadores van a destruir arsenales, aeródromos, concentraciones rebeldes. Nuestros aviadores podrían, si quisieran, destruir Burgos, Salamanca, Sevilla, Córdoba... No lo hacen.

No lo hacen porque son HOMBRES, no fieras sin escrúpulos ni dignidad. Nuestros pilotos no son aventureros que se vendan al mejor postor; no son saltadores de las alturas que puedan, sin sentir asco de sí mismos, cau-

sar víctimas inocentes entre la población civil de las ciudades que gimen bajo el yugo de los traidores a su Patria.

Tenemos aviones potentes, poseemos abundante munición. Podríamos hacer lo que nuestros enemigos centuplicado. Ellos, los que no vacilan en vender a trozos su país con tal de asegurarse ayudas extranjeras en su obra de infamia y destrucción, saben que nuestros HOMBRES no matan a seres inermes. Saben que luchan contra soldados, no contra ancianos ni criaturas. Saben que nos sobra hidalguía y generosidad para no contestar al crimen con el crimen, al atropello con el atropello. Lo saben y de eso abusan.

No importa. Aviadores españoles, aviadores del pueblo: os queremos así, sanos de espíritu, con dignidad para no cometer felonías; con valor para cubrirnos de gloria. Esa es vuestra conducta, héroes republicanos del aire, porque sois del pueblo, y para el pueblo. Y el pueblo, que os quiere y os admira, aplaude esa conducta llena de caballería, de abnegación, de HOMBRIA, con la que contestáis a las salvajadas de los facinerosos que son capaces de incendiar hospitales y ametrallar a niños.

El fascismo internacional nos da en España las mismas muestras de civilización y cultura que dió anteriormente en otros países. Los objetivos militares no les interesan. Prefieren bombardear los hospitales y los museos. Sumemos los crímenes conocidos, añadámosles un porcentaje razonable de los que aun ignoramos, y el total será el material con que cuenta el fascismo para confeccionar su historia.

CONSEJOS A LOS MILICIANOS MAS SOBRE EL USO DE LAS BOMBAS DE MANO

El bombardero debe cuidar siempre de dos cosas: primera, situarse donde pueda con facilidad alcanzar con sus bombas los parapetos o refugios enemigos; y segunda, estar a cubierto de los tiros del adversario.

Para lo primero habrá de habilitar un lugar dentro del cual pueda moverse libremente, dando a su cuerpo el espacio suficiente para los movimientos de balanceo hacia atrás y adelante. Si se tratase de un reducto con dos muros, conviene cortar el de detrás para que el brazo no tropiece con obstáculo alguno al enviar la bomba. No es conveniente un refugio demasiado hondo si no es muy ancho; en caso contrario, el radio de acción del bombardero queda muy reducido.

Para lo segundo, procede establecerse en excavaciones no aisladas; de este modo es factible, tan pronto como se lance la bomba, cambiar de refugio, con lo cual es muy difícil ser alcanzado por los proyectiles de los adversarios. Si es posible preparar excavaciones gemelas, es decir, dos hoyos situados muy próximos uno de otro y con una especie de pasadizo que los ponga en comunicación de manera oblicua, la protección resultará perfecta.

Cuando se efectúe el lanzamiento desde parapetos o trincheras, es prudente no situarse en trozos rectos de las mismas, sino donde haya recodos, dobles a ser posible. Los reductos y excavaciones que practiquemos no han de tener forma de erabudo. Si es forzoso situarse en trozos rectos de parapeto, cons-

truiremos nichos o tabiques que nos protejan adecuadamente. Conviene no olvidar a este respecto que pueden herirnos los cascotes de metralla procedente de los lados y de atrás; un

granada que estalle a derecha, a izquierda o a la espalda puede alcanzarnos si no nos prevenimos contra ese peligro mediante la elevación de parapetos adecuados.



"¡Pueblo de Madrid! Sé que no te arrédras ni debilitan tu fe en el triunfo los crímenes que el fascismo está cometiendo en tus mujeres y en tus hijos. Eleva tu espíritu y grita conmigo: ¡No entrarán!, aunque quienes están en el deber de hacerlo no contribuyan, como otros lo están haciendo, en forma eficazísima, a alejar primero de Madrid y a exterminar por completo después, al fascismo criminal, que intenta poner sus pies en nuestras calles."

(Del discurso pronunciado por Wenceslao Carrillo el 17-11-36.)



Los bombarderos deben actuar aislados. Los apertamientos pueden ser funestos, ya que impiden el desplazamiento rápido de los congregateos, y una granada caída en medio producirá elevado número de víctimas.

Cuando haya de efectuarse el lanzamiento desde fuera de los parapetos o en campo libre procede construir pequeños refugios con piedras o sacos terrosos. Si se ha de efectuar un ataque prolongado y sistemático es prudente elevar dos o tres líneas de pequeños parapetos desde los que nos sea factible realizar el lanzamiento sin carecer de abrigo contra los proyectiles enemigos.

Si hemos de asaltar líneas contrarias precederán a los bombarderos unos exploradores que de ningún modo rebasarán la distancia a que puedan llegar las bombas de mano del adversario. Se procurará siempre no provocar prematuramente la lucha, sino sólo cuando estemos en condiciones de emplearnos a fondo con el máximo rendimiento.

Es importantísimo acercarse al enemigo sin ruido; conseguido esto, procuraremos, utilizando a los bombarderos de mayor alcance en su lanzamiento, cortar la retaguardia al contrario, y seguidamente bombardear los flancos, con objeto de aislar al adversario e impedir que le lleguen municiones ni aprovisionamiento.

Tan pronto como el enemigo muestre debilidad, exploradores y bombarderos avanzarán sobre los parapetos y seguirán arrojando bombas más allá para limpiar el campo.

HORIZONTE

No se necesita gran perspectiva ni son precisos grandes conocimientos de Historia para comprender que la guerra civil que hoy arde en nuestro país difiere en absoluto, por su naturaleza y por los factores que entran en juego, de otras luchas intestinas que ensangrentaron a España en otras épocas, no muy remotas ciertamente.

Aquellas contiendas, sin dejar de tener en su fondo un carácter social (ninguna pugna carece por completo de él), giraban en torno de un eje político y personalista. Se vinculaba la oposición entre la reacción y el liberalismo en una lucha dinástica, sin trascendencia capital y cuyo resultado no hubiera podido representar nunca un cambio radical y profundo de los destinos del pueblo español.

Por el contrario, en la guerra civil que vivimos se enfrentan el pasado, oscuro, mezquino y caduco, con el porvenir, luminoso, amplio, prometedor... Es ésta una lucha que ha de resolver el capital dilema: o esclavitud y miseria o liber-

Los generales facciosos han traído a la Península una considerable cantidad de moros, comprando su cooperación con promesas de botín. La alianza debía establecerse fatalmente, porque sus misiones se complementan. Los generales traidores asesinan y los moros vuelven del revés los bolsillos de los cadáveres. A la función del asesinato sigue la del ladrón.

Efecto contrario

Los mercenarios facciosos pretenden con sus bárbaros crímenes rebajar la moral de nuestros combatientes. Tarea inútil; inútil y contraproducente. Los atropellos nos indignan, pero no nos atemorizan. Nos sirven para redoblar la intensidad de nuestros ataques, para poner más vigor en la resistencia heroica; a cada acto vandálico respondemos con un empuje recio.

Esta es la moral que nos conducirá al triunfo definitivo. Si cada miliciano medita un momento en todo lo que para él y sus familiares significa la lucha que sostenemos, se notará mayor deseo de combatir, mayor ímpetu luchador. La catadura moral de los facciosos está harta demostrada. Sabemos, por lo que hacen ya, lo que harían si abandonásemos nuestro puesto de honor en esta guerra que nosotros no provocamos, pero que mantendremos hasta aplastar definitivamente a los seculares opresores del proletariado español.

Cada miliciano es un factor, acaso decisivo, en la victoria que, lentamente, día tras día, se forja en todos los pueblos de nuestra patria. Nadie tiene derecho a rehuir su aportación ni a regatear su sacrificio. Todos estamos obligados doblemente (por dignidad y por conveniencia), a poner en juego el máximo coraje y la mayor capacidad.

No queremos vacilaciones ni demoras. Para luchar como hombres dignos, como obreros conscientes de su alto deber, nunca es demasiado pronto. Que nadie se sienta ni un solo momento desfallecido. Adelante siempre, y la victoria nos dará todo cuanto nuestros enemigos nos negaron.

Nos lo jugamos todo. No podemos perder. Va en la lucha cuanto somos y cuanto esperamos.

